

ta desdichado, mas no por eso dejaron de preguntarle si habia visto á sus dos perdidos pasajeros, á lo cual respondió Fernandez con rotunda negativa: pero quiso su mala estrella que reconociese el patron el paquete de los efectos de Catalina, que fué tanto como descubrir su mentira. Entonces, y amenazado severamente, ya hubo el miserable de confesar la verdad toda, y hasta de prestarse á servir de guia á los del bajel, para que llevasen á cabo su proyecto, mas jeneroso que prudente, de acudir en auxilio de Catalina y Corta-orejas.

Y llegaron, en efecto, al sitio donde la tienda ó choza del Aguila de las llanuras habia estado; mas era tarde: un monton de cenizas, y algunos huesos mal calcinados fué lo único que encontraron.

¿Abrasó aquel albergue el fuego del cielo ó el de la tierra? Nunca pudo saberse.

Aterrado el patron, reembarcóse apresuradamente con Juan Fernandez, á quien, presumiéndole la tripulacion toda cómplice, si no autor del asesinato de sus pasajeros, se ahorcó solemne, aunque sumariamente de una antena.



### CAPITULO III.

QUE ENTRE LOS PROVERBIOS DEL SAPIENTÍSIMO REY SALOMON PUDIERA FIGURAR EL CASTELLANO QUE DICE: "*Bien venido seas, Mal, si vienes solo.*"

SEPARÁMONOS de D. Fernando de Valdestillas en el momento en que el destino acababa de coronar la obra de su desventura con la mayor que acontecerle puede á un corazon amante, que es, sin duda, la de verse mal correspondido, sin que á la queja siquiera le quede algun derecho. Porque Elvira, siendo franca con él en tan críticas peligrosas circunstancias, procedia jenerosa y noblemente; porque Elvira, declarándose apasionada de Avila, cuando aquel se hallaba en peligro inminente de morir de mala muerte, daba en ello una prueba de la grandeza de su alma; porque Elvira, en fin, diciendo: *Amo á mi esposo*, cumplia una sagrada obligacion, y no le era lícito, ni posible al doncel acusarla y condenarla, ni aun en el secreto de su conciencia, por jenerosa, noble y santa!

Si alguna vez pudiera comprenderse el suicidio seria en circunstancias tales; pues muerta el alma, ¿cómo ha de vivir el cuerpo? Y cuando desaparece hasta la esperanza de que palpite unísono con el nuestro el corazon que nos cautiva, ¿no se ha muerto el alma, para este mundo caduco, para esta lóbrega prision, donde, entre penas, desengaños, culpas y remordimientos nos ajitamos?

Como quiera que sea, Fernando padecia un suplicio de esos que ni el consuelo tienen de ser comprendidos y de inspirar, por consiguieren-

te, lástima. ¡Quién compadece á un caballero jóven, bello, rico, robusto y entendido, porque de una mujer determinada no es amado! Algun sin ventura, quizá, de los pocos que saben por su desdicha sentir; los demas mortales, unos con la sonrisa del desprecio en los labios, otros con el irónico semblante de la incredulidad, pasan por delante de él, y ven sus lágrimas, y observan su profunda melancolía, y quizá advierten ya los síntomas de la consuncion que le devora, encojiéndose de hombros, con desden supremo, y á lo mas esclamando: "¡Lástima que ese hombre se ponga de tal modo en ridículo!"

Lector amigo, si alguna vez padece tu alma una de esas agudas dolencias morales que trastornan el ser humano y hacen envidiables los tormentos del infierno, ocúltala cuidadosamente; que no sepa el mundo que tal lepra te aflije; reviste tu rostro de una máscara impenetrable de frivolidad escéptica; impregna tus palabras en un baño de insustancial indiferencia; disfrazas los sollozos de tu destrozado corazón, envolviéndolos en sardónica risa; ó cuenta con que los mas huirán de tí como de un apestado, y tus amigos—y eso es peor—te rodearán para sorprender el secreto de tus padecimientos, y hacerte, publicándolo, la fábula del universo.

Felizmente para Valdestillas hallábase solo, ó poco menos, en México, y tenia ademas que atender á negocios gravísimos; que de otra manera no sabemos si su cristiana educacion y piadosa índole fueran suficientes á resistir el peso de la cruz que le abrumaba. Pero despues de la cruel declaracion de Elvira, creíase, y á fuer de caballero estaba verdaderamente mas obligado que nunca á intentarlo todo por salvar á D. Alonso; y en efecto, dominándose en virtud de un esfuerzo de esos que se comprenden mejor que se esplican, dedicóse desde la misma noche de su conferencia con la marquesa y las otras señoras de su parcialidad, á poner por obra el pensamiento, mas poético que realizable, que en la propia junta esponer le vimos.

Los indios de Tlatelolco, recordará el lector que constituían uno de los principales elementos del proyecto de D. Fernando: Cristóbal, mas por obedecer á su *Amo chiquito*, que porque ya abrigase esperanza alguna de llegar á buen puerto, arrojóse con afán á la árdua tarea de encender el fuego de la rebelion, y avivar la llama del denuedo en aquellos corazones por la servidumbre abatidos. Vanos fueron sus esfuerzos con la jeneralidad: aterrados los mas de los indios por las recientes prisiones, y considerándose, y con razon, como átomos imperceptibles en el órden social, comparados á los que en las cárceles jerman, parciales delirio soñar siquiera en la resistencia; y otros pensaban, á la verdad con hartó fundamento, que siendo la lucha entre castellanos, en definitivo resultado, y cualquiera que el vencedor fuese, como á vasallos y no mas que vasallos habia de tratar á los indijenas. Miedo, pues, y razon aconsejaban de consuno á los indios que permaneciesen tranquilos espectadores de aquel trá-

jico drama; y cuando el miedo y la razon se ponen de acuerdo, difícil es vencerlos. Mas, á mayor abundamiento, hallaban los designios de Valdestillas un obstáculo todavía mas formidable en la religion. En la religion, sí; pues siempre, y especialísimamente desde que la célebre fiesta del bosque de Chapultepec reveló á sus ojos con claridad evidente los temerarios intentos de Avila y los demas caballeros del bando del marques, Fr. Diego de Olarte por sí, y por medio de los religiosos á su autoridad sometidos, emprendió una verdadera cruzada contra el espíritu de rebelion que amenazaba privar á España de la mas brillante joya de su corona. El púlpito de la capilla de San José, especialmente consagrada en el convento de los franciscanos á catequizar á los indios, esplicándoles los misterios de nuestra fé, fué desde la época á que antes aludimos, y sin perjuicio de su particular y santo fin, una cátedra ademas de moralidad política, desde la cual se proclamaron con evangélica elocuencia las cristianas máximas de sumision al César, de fidelidad á la madre patria, de aversion á las rebeliones, de resignacion al martirio primero que acudir á la fuerza brutal para rechazar la de los ministros del rey, aun cuando con evidencia fuesen tiranos.

Y como el indio converso no solo oía á su catequista en el púlpito, sino ademas en el confesonario; y como el fraile no solo entendia en los negocios puramente espirituales, sino ademas en los temporales del catecúmeno, viviendo con él familiarmente, interviniendo en las relaciones de familia, arreglando los matrimonios, endoctrinando á los hijos, casando á las hijas, siendo, en fin, para el pueblo conquistado un representante en la tierra de la Providencia, fácilmente se concibe que robusta fructificase la semilla de la obediencia pasiva, con incesante afán é incansable perseverancia difundida por los padres de la Orden Seráfica. Ciertó es que los demas eclesiásticos regulares y seculares predicaban en igual sentido: pero el clero catedral, escaso en número y sobrado rico, ejercia corta influencia en el pueblo; y los dominicos por su índole especial, agresiva y dura, repugnaban á los naturales. Así, y es hecho histórico demostrado hasta la evidencia, desde los principios de la conquista hasta el establecimiento de la Inquisicion en Nueva-España, el elemento religioso-civilizador predominante en los antiguos dominios de Moctezuma, fué la Orden de San Francisco, á cuyo celo apostólico y ejemplares virtudes se debe en su mayor parte la difusion del catolicismo en aquellas rejiones.

Consecuencia de tales premisas hubo de ser forzosamente un amargo desengaño para el infeliz deshauciado amador de doña Elvira: Cristóbal, con lágrimas en los ojos y rubor en la frente, declaróle al cabo de algunos dias de trabajos, no menos activos que inútiles, que apenas osaba contar con cincuenta indios para arrojar el guante á los doctores.

Y no fué tampoco mas dichoso el doncel en la parte del negocio

que manejó personalmente, es decir: en reclutar cierto número de bravos y aventureros europeos para secundar y utilizar por su medio el proyectado motin de los indios.

En efecto, muertos Absalon y Alma-negra, y ausente Corta-orejas, los tres hombres de mas importancia y popularidad entre la jente de armas tomar; dispersos los demas desde el 16 de Julio, por su justo temor á las pesquisas judiciales; y no pocos ya reclutados para el servicio de la audiencia por el activo é infatigable Sámano, ¿qué podia conseguir D. Fernando, mozo de buena fama, pero como jóven inesperto, y como enamorado ignorante de los antecedentes mismos de la conjuracion!

Consiguó solo despilfarrar no poco dinero, oír infinitas ilusorias promesas, y caminar de decepcion en decepcion, al tristísimo convencimiento de su absoluta impotencia: convencimiento siempre y para todos humillante; convencimiento, en la posicion y carácter del mancebo que nos ocupa, capaz de conducirle á los límites de la desesperacion, si ya pasar no se los hubiera hecho la mala estrella que á sus amores presidia.

Quizá un sofo hombre pudiera entonces, ya que no salvar á los presos, al menos reunir y galvanizar, por decirlo así, los restos de la conjuracion, hasta el punto de resistir á mano armada á los doctores triunfantes: pero á ese hombre la tierra, al parecer, se le habia tragado; pues de cuantas diligencias practicaron para indagar su paradero la amistad solícita de Fr. Diego, y el tierno amor filial de la esposa de Avila, no se obtuvo resultado alguno. Ni de D. Martin Suarez de Monroi, ni de su servidor el indio Francisco, daba razon persona alguna, aunque se despacharon mensajeros en su busca á todas las provincias del reino; á los valles como á las sierras; á las ciudades y lugares de castellanos, y de indios sumisos, como á los ranchos de los montaraces idólatras.

Que D. Martin huyese al riesgo la cara cobardemente; que presos sus amigos y su yerno tambien, y sumida en la afliccion su hija única, los abandonase á todos, era hipótesis tan absurda á todas luces, que ni por un momento se le ocurrió á nadie imaginarla.

Aquel hombre que con el título de *Mártir* se envanecía, cuya vida fué un prolongado, continuo y voluntario sacrificio de cuanto alhagar puede á humana criatura; aquel hombre que supo imponer silencio hasta el natural orgullo de la paternidad, y resignarse á que el mundo ignorase que una mujer tan de primer orden como Elvira era su hija: aquel hombre virtuoso, probo, señor de sus pasiones, despreciador de la propia vida, firme, enérgico, de incontrastable fuerza de ánimo, en fin, no podia haber huído. Su ausencia en tales momentos procedia sin duda, de enfermedad, prision ó muerte; y júzguese cuál seria la angustia de la desdichada Elvira, mas convencida que nun-

ca de que su padre no podia faltar de México, sino por una de las tres causas que dejamos ya indicadas.

Y á la verdad que nos pesa hacinar en estas páginas duelos y lágrimas, y aflicciones sin cuento: pero si así es la vida, ¿cómo pintarla de otro modo?

Elvira, privada á un tiempo de padre y esposo; Elvira infeliz siempre, y nunca en sus afecciones por la suerte lisonjeada, ¿qué habia de hacer sino llorar y orar, suplicando al que todo lo hizo de la nada que abreviasé el plazo á la horrible tribulacion de su aflijido espíritu! Y eso hacia; y si ante sus compañeras de infelicidad era la mujer fuerte; si para Mencía hermana cariñosa; si para Fernando el conspirador varonil, ante Dios postrábase como criatura humilde de barro deleznable fabricada, como sér débil en llanto anegado, como alma en agonía, que aspira solo á descansar muriendo.

En las demas señoras, la afliccion, haciéndose crónica, y el poder de ilusorias esperanzas robusteciéndose con la costumbre de alimentarse de ellas de continuo, hacian hasta cierto punto tolerable el tormento: pero como en Elvira la pasion siempre fué poética, y el raciocinio claro á par que enérgica la voluntad, no habia para ella consuelo posible; y, sin embargo, alentaba á las otras, y hecha espuela del doncel, no le dejaba instante de reposo, sin que, al parecer, las decepciones le abriesen los ojos, ni los reveses abatieran su esfuerzo.

En tanto el tiempo corria como acostumbraba, sin que ni el furor de la impaciencia bastase á que su curso precipitara, ni las angustias de la agonía á detenerle en su carrera: el tiempo corria, sin que fuera de los muros de las cárceles traspirase nada de lo que en la lobrete de sus calabozos pasaba. Impenetrables aquellas paredes á los suspiros y aspiraciones de los cautivos, guardaban solícitas, como un avaro su tesoro, la enérgica cólera de unos, los femeninos lamentos de otros, la resignacion cristiana ó filosófica del creyente y del sabio, lo mismo que el abatimiento del cobarde ó del apocado, y la desesperacion del incrédulo. Los carceleros, émulos de los mudos orientales, tan insensibles y mas crueles que las piedras, tampoco se prestaban á escuchar siquiera las súplicas de los parientes y amigos de las víctimas. Y los jueces, inesorables como el destino, envueltos en sus negras togas, encubriendo con el nombre de vindicta pública lo que á venganza personal se reducía, tambien callaban, y tampoco quisieron dar el menor alivio á la inquieta y ansiosa curiosidad de esposas y familias.

Tal era la situacion de los negocios y de las personas en México, el último dia del mes de Julio del año de 1566.

D. Fernando de Valdestillas, ya completamente desengañado de que no hallaba elementos para lidiar en las calles, ni brecha para penetrar en los calabozos, y advertido ademas por una alma caritativa de que sus manejos y los de Cristóbal comenzaban á llamar poderosamente

samente la atención del alguacil mayor, si bien el hábito de San Francisco que vestían siempre amo y criado, hasta el momento ocultaban quiénes eran en realidad; D. Fernando de Valdestillas, decimos, ya entrada la noche y en traje seglar, había acudido á la mansión de doña Elvira, para declararle de una vez y por última, que solo le quedaba el recurso de morir con su esposo, puesto que libertarle á mano armada parecíale de todo punto imposible.

Recibióle la hermosa señora en su habitación particular, en aquella misma en la cual puede el lector recordar que osó Fernando declarar su amor á la esposa de Avila. La mujer de Gil Gonzalez, la casta Mencía, se halló presente á la conferencia que á referir vamos.

Nuestro doncel, apenado, sí, pero con la serenidad que siempre asiste á aquellos cuya conciencia está tranquila, espuso en pocas palabras la situación de las cosas; las invencibles dificultades que á sus intentos se oponían; la imposibilidad, en fin, de luchar con cincuenta indios y quince ó veinte aventureros, que era lo mas con que contarse podía, contra la fuerza legal y material de la audiencia, del alcalde, del alguacil mayor, de D. Luis de Velasco y su ejército; en resumen, contra el terror y religiosas convicciones de los indios, y contra el servil egoísmo de los europeos.

Escucháronle Mencía y Elvira, deshaciéndose en lágrimas la primera, verdadera imájen ó mas bien personificación de la desdicha fatídica, la segunda.

—¿Es decir (articuló en ronco iracundo acento) que desistís de la empresa, D. Fernando?

—Os engañais, señora (respondió el doncel con desesperada serenidad), yo no desisto ni desistiré nunca de mi propósito. Lo que digo es que no tengo medios para promover un motin en Tlatelolco, ni fuerzas para escalar las prisiones de México.

—¡Palabras vanas! (insistió la dama). Tanto monta que digais *no puedo*, como si dijerais *no quiero*. Os damos las gracias por el tiempo que habeis perdido, y las molestias que os habeis tomado.

—Si D. Alonso pudiera oiros, señora, quizá y sin quizá se mostrara mas justo que vos conmigo.

—¡Ah! Si D. Alonso estuviese libre y vos preso, Sr. D. Fernando, no saldria de sus labios la palabra *imposible*, tratándose de libertaros.

—Ya yo sé, señora, que Dios no anduvo tan pródigo conmigo como con vuestro esposo: mas mi conciencia me dice ahora que no tengo de qué acusarme; y á vos, Elvira, el tiempo se encargará de probaros, con mis hechos, que me juzgais soberanamente injusta.

—Sr. D. Fernando, ni mi decoro ni mi conciencia, que tambien yo la tengo, si bien menos contentadiza que la vuestra, consienten entre nosotros mas relaciones que las indispensables para servir á mi esposo, y á nuestros demás amigos. Habeis ya encontrado que es imposible *ni intentar siquiera su libertad*: discreto y valiente sois; será co-

mo lo decís: pero no debemos hablarnos mas tiempo. Guárdeos el cielo.

Si Fernando no hubiese ya entonces llegado al apojeio de la desdicha, la dureza y la injusticia del proceder de doña Elvira trastornaríanle el juicio sin duda alguna: pero hay situaciones tales que, endurciendo el alma al fuego de la desgracia, nos hacen insensibles á todo infortunio que despues nos sobrevenga. Limitóse, pues, á contestar con un profundo saludo á la reverencia, que estamos por llamar insultante, con que la esposa de Avila había terminado sus últimas referidas palabras, y solo dijo al retirarse:

—Dios, que ve los corazones y penetra el secreto de las conciencias, nos juzgue á entrambos. Por mi parte, señora, os perdono todo el mal que me habeis hecho hasta ahora, y tambien el que me estais haciendo.

Mencía, menos altiva, menos poética y valerosa que su cuñada, no pudiendo menos de conocer, aun en medio de su aflicción inmensa, que Elvira se había mostrado con exceso cruel, exclamó apenas Fernando salía de la estancia:

—Llámale, hermana; llámale, que el pobre mozo no tiene la culpa de nuestra desdicha; y aun estoy por decirte que á costa de su vida rescatara él la de tu esposo.

—Por lo mismo no debo ni oírle, ni verle, Mencía (contestó Elvira con evidentes señales de profunda melancolía). Ese mancebo me amaba, y yo... ha habido un momento en que *quizá* le amé tambien: ¿quieres que cuando pierdo toda esperanza de salvar á mi esposo, y es el mismo Fernando quien viene á quitármela, no le despida para siempre de mi presencia? La mujer que nunca se sintió débil, puede ser alguna vez indulgente consigo misma; pero aquella que, con el pensamiento siquiera, fué una vez flaca, no puede, no debe en ningún caso capitular con su conciencia. Fernando no volverá á verme.

Aterrada la prosáica escelente Mencía por sentimientos de elevación tan grande, y no osando luchar con Elvira, guardó por entonces silencio; y las dos cuñadas permanecieron juntas algunos minutos, entregándose entrambas al mismo pensamiento, la triste suerte de sus esposos, cada cual segun su índole y carácter. Mas poco duró tal quietud, porque habiendo pasado, como decíamos, pocos minutos, sintieron pasos precipitados en la escalera, y antes de que tuviesen tiempo de informarse de quién causaba aquel rumor, aparecióseles de nuevo en la estancia D. Fernando de Valdestillas, pálido el rostro, en llanto inundados los ojos, y respirando apenas. A vista de tan alarmante espectáculo, levantáronse las dos hermanas simultáneamente, dirigiéndose al mancebo, mas él, sin darles tiempo á que le hiciesen pregunta alguna, y dominando, no sin trabajo, la dolorosa emoción que le afectaba, dijo en voz trémula:

—Armaos de todo vuestro valor, doña Elvira; y no me odieis porque mi desdichada estrella me condena á ser siempre para vos mensajero de malas nuevas...

—¡Acabad, por el cielo santo! (esclamó con ansia la dama). ¡Qué nueva desdicha acontece! ¡Ha muerto D. Martin! ¡Le han preso!

—Ni ha muerto, señora: ni le han preso...

—¡Pero se trata de él!

—¡Por desdicha!

—Esplicaos, en fin, ¡qué es de él! ¡Dónde se halla! Yo quiero y debo volar en su auxilio.

—Deteneos, Elvira, vais á verle.

—¡Vendrá!

—Ha venido.

—¡Está ya en México!

—Está en vuestra casa.

—¡Mi padre en casa, y no en mis brazos!

—Pero viene...

—¡Oh! ¡Por piedad, no prolongeis mi suplicio!

—¡Viene herido, señora!

—¡Oh Dios mio, Dios mio! Este solo golpe me faltaba, y no ha querido vuestra misericordia librarme de su furia!

En esto ya D. Martin Suarez de Monroi, apoyándose en los dos caballeros Gonzalo Nuñez y Juan de Victoria, y seguido del indio Francisco, entraba por las puertas de la estancia de su hija: pero ¡en qué estado! ¡Quién habia de reconocer, sin prolijo previo eesámen, al caballero que en lo aseado y compuesto de la persona revelaba ya la ascética severidad de sus principios, en aquel hombre medio desnudo, andrajoso, desaseado, larga la barba, en desórden el lácio caballo, macilento el rostro, y trémulo el paso, que sin fuerzas ni para tender los brazos á su hija amada, se dejó caer lánguido y casi moribundo en el primer lugar del aposento! Ni era mas brillante el aspecto del pobre Francisco: pero como la miseria encuentra menos que hacer en el esclavo que en el rico, sus estragos se advierten, en consecuencia, mas en el último que en el primero.

Como quiera que sea, Elvira, en aquella ocasion verdaderamente aterrada, sintiendo sobre su cabeza la mano irresistible de la desgracia providencial, sin hallar en su altivez recursos ni en sus ojos lágrimas, ni en su lengua palabras, cayó muda á los piés del autor de sus dias, y abrazándose á sus rodillas, quedóse como estatua de mármol inmóvil y helada.

Audieron Mencía y D. Fernando al maltratado caballero; Francisco apoyóse en el dintel de la puerta, y los caballeros, por discrecion, retiráronse así que dejaron cómodamente sentado á D. Martin Suarez, quien, con la mano izquierda comprimiendo su corazon, con

la derecha apoyada sobre la frente de su hija, y los ojos como buscando el cielo, permaneció algun tiempo en profundo silencio.

Mientras ese dura, diremos nosotros al público que, al salir de casa de Avila D. Fernando, tan despechado como sin necesidad de que nosotros lo encarezcamos puede figurárselo el discreto, apenas habia andado veinte pasos tropezó con un grupo de cuatro personas, compuesto de D. Martin, el indio su servidor, y los dos caballeros de D. Alonso, uno de los cuales, conociéndole luego, llamóle para darle cuenta de cómo se habian hallado él y su compañero al conspirador misterioso, mal herido y en estado ademas bajo todos conceptos lamentable, en el bosque de Chapultepec, sin que ya ni él ni su esclavo tuviesen fuerzas para llegar á la quinta siquiera. Es de advertir que doña Elvira, dudando siempre, como suelen hacerlo los corazones apasionados, de haber perdido irrevocablemente al objeto amado, tenia dada órden á Nuñez y á Victoria, los mas leales y entendidos de los servidores de su marido, para que so pretexto de pasear los caballos, recorriesen incesantemente el bosque y sus cercanías; porque un presentimiento de esos que la lójica rechaza severa, pero el sentimiento acoje solícito, decíale siempre que en el bosque se hallaba su padre. Y en efecto, allí le encontraron la tarde del 31 de Julio, al ponerse el sol, los caballeros, quienes quisieran dejarle en la quinta; mas D. Martin solo consintió en pasar en ella las horas que faltaban hasta que la noche cerrase, mandándoles, luego que oscureció por completo, que á México le condujeran. Aunque con trabajos infinitos y dolores insoportables en una herida de flecha que el pecho le atravesaba, hizo el *Mártir* á caballo el camino desde la quinta á la ciudad; pero llegado á sus puertas, siempre cauto, aunque ya moribundo, quiso ir á pié hasta la morada de su hija, donde ya le tenemos en el momento á que con la narracion llegamos.

El fué quien interrumpió primero el silencio de la triste escena que vamos describiendo, para alentar á doña Elvira, no con vanas esperanzas de humano remedio en sus males, sino con frases de resignacion piadosa, con acentos de profunda sumision á los decretos de la Providencia; porque ya, hasta para aquel hombre á la esclusiva idea de la conjuracion durante largos años consagrado, toda ilusion habia desaparecido por completo. Los caballeros le enteraron de las ocurrencias de México en la noche del 15 al 16, ocurrencias que ya por el relato de lo que presenció Francisco sospechaba; y á tan claro entendimiento no podia ocultarse que para siempre se habia deshecho el fantástico edificio á costa de ímprobo trabajo y dolorosos sacrificios por él mismo levantado en el viento.

D. Martin no era ya, por tanto, en el instante en que le consideramos, ni el caballero audaz ni el conspirador infatigable que un tiempo conocimos, sino el hombre religioso, desengañado del mundo, convencido, en fin, de su pequeñez intrínseca, y que prócsimo al térmi-

no de su mortal carrera, mira desapasionadamente las cosas de este valle de lágrimas, y se dispone sereno al tránsito angustioso y solemne á mejor é interminable vida.

Así, despues de alentar á Elvira, tuvo tambien palabras de consuelo para la pobre Mencía, y volviéndose luego á D. Fernando, al traves de cuyo atribulado juvenil semblante diríase que D. Martin leía los sentimientos del alma, díjole enternecido:

—En cuanto á vos, mancebo, si por el dolor de vuestro infelice padre no fuera, dijérais yo que os felicitaba por el prócsimo fin de las horribles angustias que estais padeciendo. Almas como la vuestra, Fernando, solo están bien en el cielo!

A influjo de tanta resignacion y piedad tan sincera, fundiéndose la capa de hielo con que el esceso mismo de la pena habia revestido allí los corazones, enterneciéronse los pechos, y acudiendo el llanto á los ojos, desahogóse la afliccion en hondos suspiros y amargos sollozos, que D. Martin veía y escuchaba con una compasion semejante á la que el ángel de la guarda de un desdichado, sentirá sin duda en sus tribulaciones.

Pero si sus fuerzas morales superaban á las de todos los presentes, no así las físicas, por trabajos increíbles de reciente fecha, y los estragos de la herida agotadas; por manera que, tomándole súbito un desmayo, hubo necesidad de llevarle al lecho mismo de su hija, y atender esclativamente al cuidado de su persona.

Francisco, el indio fiel, hizo entonces, como habia hecho en la caverna del bosque, el papel de médico; mas veíase en su semblante que le faltaba la confianza que en el asilo subterráneo le animó constantemente.

—¿Es grave la herida? le preguntó con indescriptible angustia doña Elvira; y el indio bajó tristemente la cabeza.

—¿Pero no hay esperanza ninguna? insistió con desesperada energía la bella dama.

—En Dios siempre! replicó Francisco.

Ni el indio, aunque lánguido y estropeado, ni Mencía en lágrimas bañada, ni doña Elvira silenciosa y terrible como la desesperacion misma, ni D. Fernando sereno como el valor á la muerte resignado, se apartaron aquella noche un solo instante del lecho de D. Martin Suarez de Monroi, presa de ardiente fiebre, y visiblemente á su postrero instante aprocsimándose con velocidad espantosa.



#### CAPITULO IV.

EN EL CUAL SE DA CUENTA DE QUIÉN ERA D. MARTIN SUAREZ DE MONROI, LLAMADO EL *Mártir*.

FAMILIARIZADO ya el lector con nuestra manera de escribir, harto parecida á la existencia del árabe en los desiertos, estrañará poco que en este capítulo, que bien hubiéramos podido llamar retrospectivo, retrocedamos, en efecto, con la narracion nada menos que al año vijésimo octavo del siglo XVI de la era cristiana: mas por si algun escrúpulo le queda, alegaremos en nuestro favor la necesidad, gran señora, despótica soberana, á cuya voluntad absoluta y fuerza irresistible vivimos todos sujetos, desde el autócrata de todas las Rusias el mas abyecto de los esclavos africanos, ambos inclusive.

¿Cómo sin retrogradar á tiempos pasados, pudiéramos explicar hechos cuyas causas procedian de sucesos, no solo consumados, sino casi completamente olvidados cuando en las cárceles de México vejetaban aherrojados el marques del Valle de Guaxaca, D. Alonso de Avila, y los demas caballeros sus amigos, de conspiradores acusados? —La cosa fuera imposible; y á tanto dicen los jurisperitos que ninguno está obligado.

Por tanto, volvámonos de un salto al año de 1528, y salvando los mares tan sin esfuerzo como si voláramos, conducimos al lector á cierta rica primorosa estancia de una casa que pudiera pasar por palacio, en la ciudad conquistada por el santo y gran rey D. Fernando III de Leon, cuya memoria, canonizada por la Iglesia, carece acaso de la importancia histórica que en realidad merece. Mas dejando eso aparte, decimos, en prosa lisa y llana, que la escena se traslada á Sevilla, y tiene lugar en un espléndido aposento, en el cual vemos